

# EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



7 de junio de 1890



Núm. 136



## LOS NIÑOS DEL JAPÓN



ACRÓBATAS JAPONESES



## UN RATO DE CHARLA

No se dirá que no hayamos brillado esplendorosamente en las fiestas que acaban de celebrarse en Montpellier para conmemorar el sexto centenario de aquella célebre Universidad (hoy Facultad solamente).

Sí, señores: hemos brillado... por nuestra ausencia. De esta manera demostramos á los extranjeros que valemos infinitamente más que todos ellos.

En fin, *passons*, como dicen por allá.

Hablemos ya de otra cosa.

Por primera vez en mi vida he dado gracias al Señor por habernos deparado la suerte de disfrutar en esta tierra de garbanzos del inefable placer de regirnos por el sistema parlamentario, pues de no ser así mal hubiera podido pasar el gratisimo rato que me proporcionó cierto discurso, no recuerdo de quién, sobre las *Bibliotecas populares* que regala el Ministerio de Fomento.

¡Oh musa de Paul de Kock, de Offembach, de Luis Taboada y de Millaud! ¿Cuándo llegarás á producir la inenarrable hilaridad que engendra la lectura del catálogo de libros adquiridos por el Estado con destino á las bibliotecas susodichas? ¡Oh qué estrafalaria composición, Dios de Lecoq! ¡Oh qué irresistible extravagancia, Señor de Mecachis y de Cilla! Sólo por lo *humorístico* de las adquisiciones bibliográficas hechas merece una estatua el empleado encargado de tales compras con cargo al presupuesto.

No hay más: yo he de contribuir por mi parte al enriquecimiento de aquel maravilloso catálogo y enviaré sin falta:

Un *Tratado de las enfermedades del ombligo de los conejos*.

Un *Reglamento del Colegio de San Andrés de Coria* (1837).

Un *Comentario al discurso pronunciado el año 1849 en la inauguración del curso académico de 1849 á 1850 en el Instituto de Lugo*, y por fin un

*Examen comparativo entre la tabla de logaritmos de Lalande y la de Vázquez Queipo*.

¡Ah! Y varias listas de la lotería de años anteriores.

Estad seguros de que ninguna de esas obras dejará de ser menos interesante que las que se denunciaron en el Congreso.

Por supuesto que todo eso que digo fué puro matar el tiempo, y por lo mismo cabe tener la más perfecta seguridad de que en lo sucesivo las colecciones *fomentativas* seguirán enriqueciéndose con nuevos libros, pagados, tan interesantes como los que llevo dichos. El único consuelo que cabe esperar, quizás, es que por disposición del actual ministro (ó *menistro* como decía el bueno del torero Lavi) puede que figuren en lo sucesivo entre los volúmenes de Fomento las obras inmortales de Montes y no sé qué otros sobre el noble arte de los mete-y-sacas y las banderillas, juntamente con



varias colecciones completas de *El Enano* y el *Boletín de Loterías y Toros*.

Para concluir, echemos un rato á eso de la calle de la Justa.

Hasta ahora, á la verdad, lo único que resulta es que no resulta nada en claro á no ser las inexactitudes de que se han hecho eco los periódicos y el considerable aumento que han tenido las Rentas Estancadas con los muchos pitillos que han repartido los *reporters*



Tienda de juguetes japoneses

entre los *porters* sin *re* y demás gente de escalera abajo para que les revelasen el secreto del crimen.

También ha servido ese asesinato, justo es confesarlo tratándose de la calle de la Justa, para que algunos brillantes periodistas escribiesen magníficos artículos filosófico-romántico-centesimales trazando elocuentes paralelos entre el crimen de la calle de Fuencarral y este de ahora, con acompañamiento de ingeniosas deducciones que lo mismo vienen á cuento del pobre D. Joaquín Hevia que á propósito del Preste Juan de las Indias. Pero la cuestión está en cumplir el precepto harto seguido del gran Lope y parece que á la gente le gustan mucho esas retóricas pre-patibularias.

No se diría sino que nos hemos vuelto tan mequetrefes que haya de asombrarnos un crimen tan vulgarote como el de robar y asesinar á un pobre señor que vivía solo. Es cosa que ha ocurrido trescientas cuarenta y nueve veces, por desgracia, y nadie se creyó en el caso de edificar sobre tal fazaña la menor teoría filosófica, sin que por eso dejasen los criminales de ir al palo.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



## EL CAPITÁN MEDRANO

### I



CABABA de abandonar la mesa cuando Medrano recibió de su hijo Enrique, oficial de infantería de guarnición en Madrid, la carta que á continuación trascribimos:

*«Madrid, 2 de julio de 1871*

»Mi querido padre: No se me oculta la dolorosa impresión que te causará la lectura de esta carta. La que á mí me embarga es tan intensa que temo ceder á mi dolor.

»Mal aconsejado por un amigo y ganoso de probar fortuna, he jugado á la Bolsa, sorprendiéndome en mi atrevida operación la inesperada baja de ayer; verdadera catástrofe que ha empujado á la ruina á gran número de familias.

»Mi deuda asciende á 400,000 pesetas. Dentro de algunos días se practicará la liquidación, y no tengo otro remedio que pagar ó huir. He buscado inútilmente un medio que me permitiese salvar mi compromiso, y, como no lo he encontrado, he solicitado y he obtenido el debido permiso para incorporarme al ejército de operaciones en Cuba, para donde me habré embarcado cuando recibas esta carta.

»Prefiero embarcarme que recurrir al suicidio, solución que más amancilla que salva el honor. En Cuba á lo menos mi muerte no acreditará cobardía alguna, pudiendo en cambio ser útil á mi patria. Si en vida no tengo derecho á esperar tu perdón, confío que no me lo has de negar cuando Dios y la patria me lo hayan otorgado.

*«Enrique»*

Jaime Medrano, viudo desde hacía algunos años, y dueño de una de las más acreditadas fundiciones de Barcelona, era padre de dos hijos: de Enrique, oficial del ejército, como dejamos indicado; y de Antonio, pintor de elegante originalidad, casado con una distinguida joven, y padres ambos de una preciosa niña llamada Enriqueta. El honrado industrial, celoso como el que más de su acrisolada reputación, no quiso que sus hijos continuaran su industria, temeroso de que su inexperiencia en los negocios les irrogara algún día una de esas sorpresas tan frecuentes como inesperadas que, á la par que la fortuna, dejan arruinada la fama y la dignidad. Una desgracia imprevista venía, sin embargo, á desbaratar súbitamente sus afanes y precauciones, hiriéndole de rechazo en lo más hondo de su corazón.

Anonadado por lo brusco de la sorpresa, leyó repetidas veces el malhadado escrito, persuadiéndose al fin de que su desventura era irremediable. La



cantidad perdida por su atolondrado hijo debía hacerla efectiva antes de dos días: de lo contrario, su nombre, su fama y reputación quedaban en el lodo. Era preciso, pues, reunirla á todo trance, aun cuando la empresa resultase, más que atrevida, temeraria. Él disponía de escasos fondos. El material y maquinaria de sus talleres no podían realizarse en tan corto plazo. Apelaría al crédito. ¿Y después? ¡Después la quiebra se haría inevitable! Antes de llegar á situación tan extrema estaba resuelto á poner fin á sus días.

Agitado por los más encontrados sentimientos, Medrano pasó la noche en claro buscando un medio para salvar su compromiso. Clareaba apenas cuando se echó á la calle, rebotando angustia su honradísimo corazón.

Dirigióse á sus amigos, á parientes y colegas, refiriéndoles, en medio de las más angustiosas ansias, la desdicha que le afligía. Nadie dejó de atenderle, y cada uno, según lo consentían sus alcances, le ayudó para reunir la cantidad perdida por el ambicioso oficial.

Anochebía cuando se retiró á su casa. En ella le esperaban Antonio, su esposa y Enriqueta; ansiosos de compartir con él la pena que le atormentaba. Además Antonio había vendido algunos cuadros en 20,000 pesetas y venía á poner á disposición de su padre aquella relativamente corta cantidad.

Enriqueta, ignorante del drama íntimo que en su familia se estaba desarrollando, se puso á jugar alegremente con su *Betina*, una magnífica muñeca que su abuelo le regalara el día de Año Nuevo y su juguete favorito. Sentóla cuidadosamente en dorado silloncito tapizado de raso rosa, y, después de contemplarla largo rato con extática admiración, dirigiéndose á su mamá, exclamó:

—Dime: ¿verdad que las muñecas son niñas sin alma?

Pero su delicada pregunta no obtuvo contestación. Al igual que su padre y su abuelo, su mamá estaba visiblemente afectada, hasta el extremo de conmover profundamente á la pequeñuela, que abandonó á su querida *Betina*, concentrando toda su atención para descifrar lo que le callaban aquellos seres mudos y rendidos por conmovedora angustia.

Vió que su padre entregaba á su abuelo una cartera llena de billetes de banco, que su madre le entregaba á su vez infinidad de estuches guardadores de sus preciosas joyas, y vió á su abuelo aceptar estos dones con los ojos arrasados de lágrimas y el labio balbuciente por el dolor. Entonces, grave y reflexiva, acercóse á su muñeca, abrazóla con la emoción propia de los que cambian el postrer adiós, y, dirigiéndose á su abuelo con voz dulce y resignada, le dijo:



Pompas de Jabón



—Tómala: es cuanto poseo. ¡Mi joya más preciosa! ¡No puedo darte más!

Medrano, transido de amargura, abrazó á su nieta, murmurando con apagado acento:

—¡Tú también, pobre ángel mío! ¡Ah, el miserable! ¡Tu pena es mi supremo dolor!

## II

La deuda de Enrique fué religiosamente pagada. El honor de los Medranos quedó salvo, pero la modesta fortuna reunida á fuerza de sacrificios y privaciones por el noble anciano, ya no existía. Merced á sus acertadas combinaciones pudo, sin embargo, conservar la propiedad de la fundición; pero como las economías se imponían, le fué preciso desprenderse de gran número de operarios y dedicarse él á un trabajo tan arduo como continuado. Vendió su coche y sus caballos, dejó el elegante hotel que ocupaba en el paseo de Gracia, despidió á sus criados y se fué á vivir en compañía de Antonio. Este á su vez se encargó de la dirección artística de la fundición, desempeñando su esposa con acierto admirable el puesto de cajero, aceptando ambos sus nuevos cargos con la entereza y abnegación del que cumple el más sagrado é ineludible deber.

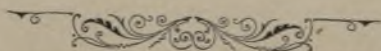
La conducta de esa familia ejemplar y modelo de probidad y honradez despertó las más vivas simpatías entre sus relaciones comerciales, contribuyendo grandemente al sostenimiento de su crédito y á la marcha cada día más próspera y beneficiosa de sus negocios, lo cual no impedía que el viejo Medrano viviese en continua zozobra, en constante malestar. El temor de que en busca del desquite podía Enrique probar nuevamente fortuna en el azaroso juego de la Bolsa, no le consentía descanso físico ni moral.

Los días pasaban: sumaron meses, después un año, después otro: nada se sabe, ninguna noticia se recibe del ausente.

Entretanto en las afueras de la ciudad la fundición de los Medranos llegaba al apogeo de sus mejores tiempos. Cual si la fábrica tuviese conciencia de su deber, no había en ella un momento de reposo: sus hornos brillaban á todas horas á la sombra de los techados como enormes ojos de fuego; el jadeante respirar de sus poderosos fuelles tenían el pavimento en constante trepidación; el metal fundido, humeante y rojo, circulaba rápidamente por sus orisoles como sangre afluyente de las arterias de un titán; en tanto que durante la noche los vapores de sus chimeneas se perdían como nubes inflamadas que se evaporaban en el firmamento.

*(Se concluirá)*

ANTONIA OPISSO





## EL REY DE LOS CAMARADAS

**M**ALTO, esbelto, arrogante, orgulloso é irascible, y pendenciero *per se* y *per accidens*, era el niño Ramón todo un mal criado, que prometía ser en lo futuro un ser inaguantable entre los demás.

Sus camaradas le temían y miraban con respeto, pues en más de una ocasión habían experimentado el disgusto de verse maltratados por él.

De aquí que todos le llamasen *el rey de los camaradas*.

Cuando los compañeros se reunían, él era quien mandaba; y si alguno parecía rehacio á cumplir sus órdenes, al punto le convencía de que su obligación no era otra que servirle, propinándole sendos cachetes.

¡Inconmensurable dicha y satisfacción la de Ramoncito cuando veía llegar al zaherido por él, llorando lágrimas como puños y satisfaciendo sin nueva réplica las peticiones que le hiciera!

Los juguetes de sus compañeros eran suyos con sólo alargar la mano y tomarlos.

Los verdaderos dueños no se atrevían á chistar aun cuando vieses que los rompía.

Porque Ramón era celoso como todos los niños mal educados, y su mayor placer consistía en privar á los pobres amiguitos de sus más ó menos valiosos objetos de recreo.

Un día (domingo por cierto) nuestro joven protagonista jugaba con otros muchachos, en el jardín de la casa de uno de ellos, á la gallina ciega. Dióse comienzo al juego, y, aun cuando le tocó á Ramoncito, en el sorteo que se llevó á cabo como de costumbre, hacer de gallina ciega, como era *el rey de los camaradas*, se negó á desempeñar tal papel, teniendo otro muchacho que avenirse á reemplazarle.

Un jovencito llamado Juan, de igual estatura que el displicente Ramón, se fijó en la injusticia que acababa de cometerse, y propúsose dar su merecido al que de tan inicuo modo abusaba.

Siguió el juego, y, tal vez porque de intento se dejara coger, fué el caso que le tocó á Juan ser gallina ciega.

El joven se dejó colocar de muy buen grado un pañuelo sobre los ojos.

Volvió á darse comienzo al juego, por un momento interrumpido.

Ramón, que siempre gozaba haciendo daño á sus compañeros, se dispuso para jugar alguna maléfica treta al *novato*, como él llamó á Juan desde el primer instante en que le percibió en el conjunto de los suyos.



En zancos



—Voy á hacerle ver que soy más fuerte que él,—se dijo.

Y, en efecto, aproximóse al muchacho, que á ciegas buscaba á alguien en quien hacer presa, y, colocando uno de sus pies entre los de Juan, hízole vacilar y casi caer.

Pero no cayó, antes al contrario se mantuvo firme, y, adivinando de quién partía la mala acción, aparentando arreglarse el pelo y limpiarse el sudor que brotaba de los poros de su frente, aflojó con disimulo el pañuelo y merced á esto pudo ver por bajo de él un trozo del suelo.



Enseñando

á

leer

Merced á este medio, nada tan fácil como conocer á Ramón por el traje cuando se aproximase á él.

No tardó en suceder así, y el joven, abalanzándose sobre el malévolo mozalbete, le atrapó.

Era necesario que Ramoncito hiciese de gallina ciega.

—No quiero,—dijo al ver que un compañero arreglaba el pañuelo para vendarle los ojos;—que siga *pagando* este mismo.

Juan entonces se apoderó del pañuelo, y con acento resuelto y firme dijo á su desconocido rival:

—Tu te dejarás vendar.

—¡Que no!

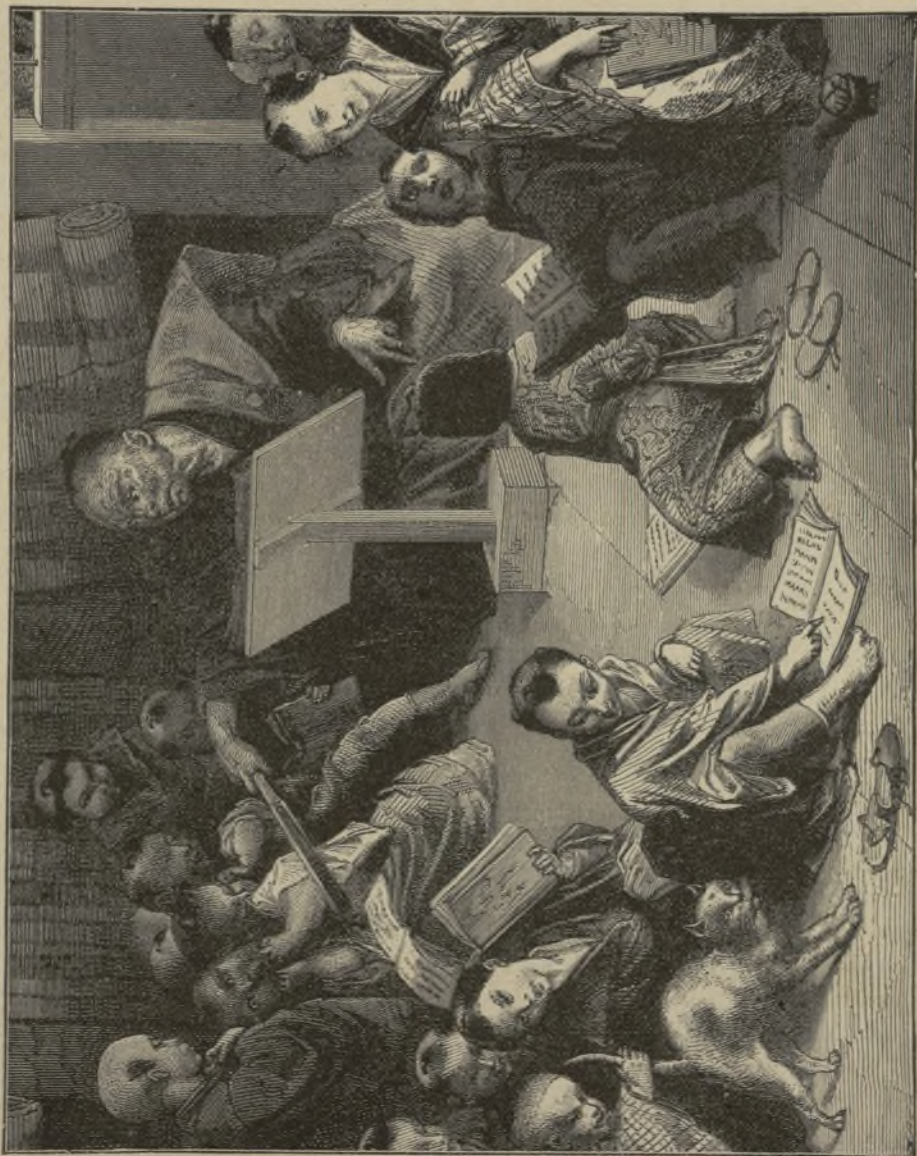
—¡Que sí!

Y en el calor de la disputa Ramón levantó el brazo para pegar á Juan como lo hacía á sus otros compañeros.

Pero el jovencito cogió del brazo al indómito valiente y le dijo:



—Ya sé que te llaman *el rey* porque abusas de mis infelices compañeros, que te temen porque les pegas; pero yo no tengo el mismo miedo y voy á vengarles.



Escuela japonesa

Y, así diciendo, abofeteó á Ramoncito, que, acostumbrado á no hallar resistencia y viéndose acometido con tal ímpetu, quedó como anonadado y sin acertar á defenderse.

Cuando, harto de zurrarle, Juan le dejó tendido en el suelo y lleno de ara-



ñazos de menor cuantía, todos los camaradas, palmoteando de contento al ver que por fin habían destronado á su déspota y tirano, aproximáronse para burlarse de Ramón.

Este se levantó y, lleno de rabia, miró con odio á su vencedor y fué á alejarse.

Pero Juan le detuvo y dijo:

—Ahora que ya debes haber escarmentado y curádote de tu orgullo, yo te ruego des al olvido nuestra contienda y seamos dos buenos amigos. Lo sucedido te debe servir de ejemplo y hacer pensar que todos somos hermanos y no debemos dividirnos en poderosos y martirizados, sino considerarnos como iguales que somos.

Desde entonces Ramón fué otro, y hasta llegó á ser mirado con cariño por sus compañeros.

Sirva esto de ejemplo á mis jóvenes lectorcitos.

LUIS DE VAL

---

## — NUESTROS GRABADOS —

---

### LOS NIÑOS DEL JAPÓN

**E**L Japón, llamado por su propio pueblo *Pais del Sol levante*, es verdaderamente hermoso, como ya se podría imaginar por este nombre. El imperio se compone de cuatro grandes islas y más de tres mil pequeñas en el Oceano Pacífico, á través del estrecho de Corea, y por lo tanto muy cerca de este punto en la China.

El sol de verano es tan ardiente que á menudo, durante el día, la gente no puede pasear; y el invierno no es muy riguroso, pues aunque la nieve cubre el suelo durante días, el sol es bastante caliente. De todos modos, los niños japoneses se arreglan para pasarlo sea cual fuere la estación del año, y esto no se ha de extrañar, pues como ya veremos, tienen juguetes y diversiones de sobra; pero su felicidad consiste principalmente en ser niños obedientes, muy queridos de sus padres, que nunca les castigan, porque, aunque parezca extraño decirlo, no lo merecen nunca. Una simple palabra basta para amonestarlos ó censurar su conducta.

El pueblo de la raza japonesa es muy amante de saber y adquirir conocimientos. Al ver los negros ojillos de criaturas de tres ó cuatro semanas, que dirigen á todas partes miradas investigadoras, comprenderíase ya que han heredado pronto la sed de aprender.

Tal vez les admire el extraño aspecto de sus madres cuando llegan á tener suficiente edad para fijarse en ellas y ven su rostro de color aceitunado,



cubierto de polvos blancos, y sus dientes pintados de negro. Era costumbre de todas las jóvenes japonesas hacer esto cuando se casaban, pero yo creo que poco á poco se va extinguiendo la práctica de pintarse los dientes.

Las madres llevan sus niños suspendidos por delante, y cuando se cansan, sus padres los conducen del mismo modo. Se cargan á cuestras los niños mayores, y los más grandes hacen lo mismo con sus hermanitos pequeños.

Los japoneses son una raza particularmente limpia, y se cuidan tanto del aseo del cuerpo que, á pesar de haber sala de baños en todas las casas grandes, se encuentran establecimientos balnearios en todas partes, reconociéndose por una bandera de color oscuro; y adviértase que siempre están llenos de gente. No contentas con los baños, las madres procuran endurecer á sus hijos sumergiéndolos en los ríos de aguas más frías y haciéndoles correr por la nieve.



Madre é hijos japoneses

La educación es asunto de grande importancia en el Japón, y quiérese que los niños de ambos sexos sepan leer para que tomen conocimiento de la historia escrita de su país, que, según dicen, comprende un período de más de 2,500 años. Todos están muy orgullosos de su patria, y tal vez con razón, pues supónese que tienen la más antigua soberanía del mundo, habiendo constituido los emperadores ó *mikados*, según dicen, una dinastía no interrumpida desde el año 660 a. de J. Los más de los niños japoneses, pues, van á la escuela, y por lo general se les ve aprendiendo su lección por el camino.

Los japoneses son muy aficionados á la lectura, y por eso encuéntranse por las calles muchos puestos de libros. Los que prepararon la literatura del país tuvieron buen cuidado de no olvidar á la niñez, pues las colecciones contienen gran número de libros ilustrados para la infancia. No solamente los niños pequeños, sino también los mayores, aprenden siempre sus lecciones en alta voz. Aunque los japoneses deben aprender á escribir sus caracteres en columnas desde el principio hasta el fin de la página, comenzando por la derecha, como los chinos, los caracteres no son iguales, y los dos idiomas



difieren mucho, siendo todas las palabras chinas muy cortas, y muchas de las japonesas sumamente largas. Además, esta última lengua tiene alfabeto y la otra no. En la escuela es á menudo difícil mantener la disciplina. El maestro no está armado más que de un abanico; pero también puede castigar cuando los chicos se distraen ó juegan con el gatito durante la clase.

Los niños japoneses llevan la cabeza afeitada, á excepción de cuatro pequeños mechones, uno delante, otro detrás, y uno á cada lado. Usan ropas de vivos colores, chaquetas anchas con mangas muy largas que llegan casi al suelo y en cada una de las cuales hay un bolsillo. Con su cabeza afeitada y su extraño aspecto parecen verdaderamente mitos. Algunos usan medias, pero no todos. Las que se emplean tienen la hechura de un guante con una división en el dedo grueso, alrededor del cual se atan los cordones ó cintas del zueco de madera que constituye su calzado exterior. Estos zuecos son demasiado grandes y, por lo tanto, incómodos; pero se quieren así porque es preciso dejarlos á la puerta antes de entrar en una habitación, y así es más fácil quitárselos.

Además de la bolsa en las largas mangas, muchos chicos usan otra para guardar sus artículos de escritorio. El hombre lleva siempre pendiente del cinto un pequeño tintero portátil, pinceles y mucho papel.

Respecto á la religión peculiar del Japón, los pequeños japoneses no entienden mucho. Se llama *Shinto*, y por ella enséñase á los niños de ambos sexos á rezar al sol, á la luna, á las estrellas, á los ríos, á los árboles, etc.; y, entre los dioses y diosas, la que llaman del Sol, que, según dicen, se encontró en una cueva, es su patrona divina.

A los niños japoneses se les obliga á guardar rigurosamente las fiestas en honor de sus dioses, y el día en que se celebra alguna van á la primera hora de la mañana á la barbería para afeitarse la cabeza (en el Japón es costumbre levantarse á la hora de salir el sol, y los niños se acuestan cuando se pone). Después se visten con sus mejores ropas, se pintan y empolvan la cara y dirígense al templo de Shinto. En la parte exterior de éste hay unos perros de bronce, los cuales tocan, pasando la mano por todo el cuerpo, después por el suyo propio, lo cual equivale á una oración. Cuando no pueden entrar en el templo, tocan una campanilla para llamar la atención del dios á fin de que se digne escucharlos, depositan en un cepillo el dinero que llevan, y piden al dios ó á la diosa que los bendiga. Suelen llevar en tales ocasiones dos tortas de arroz, las cuales dan á un encargado del templo, recibiendo en cambio una que ya está bendecida.

El perro es un animal muy venerado en el Japón, y no se permitiría matar á ninguno. En su camino á la escuela los niños encuentran muchos, y reconocen los que tienen amo por un collar de madera que llevan. Los demás están bastante gordos, y diríase que saben cuidarse bien. Algunas veces los chicos se detienen para jugar con un perro; pero varios de ellos son demasiado formidables, y no se atreven á tocarlos. Estos animales se refugian en al-



gún establo ó patio para pasar la noche; y así como nosotros tenemos agentes de policía para protegernos, los perros del Japón tienen guardianes para cuidarlos, y hasta hay hospitales para los que enferman.

Tanto se hace en el Japón para que los niños vivan contentos y felices, que sería imposible describirlo todo: por donde quiera que andan encuentran, en las calles, puestos y tiendas donde se venden juguetes ó golosinas. Pero lo que más interesa á la gente menuda, ó, mejor dicho, á las niñas, es la fiesta que se celebra el 3 de marzo, llamada *Fiesta de las Muñecas*. El nombre bastaría por sí solo para hacernos comprender que dicho día es el más feliz de todo el año para las niñas. En tal ocasión se ve la más variada colección de muñecas que verse pueda, y entonces se compran muchas. Las más de ellas son de madera, ó de arcilla con esmaltes, y están vestidas con mucho lujo. Como las niñas juegan con ellas hasta que ya pasa la edad de hacerlo, y después las guardan para sus hijas, acumúlense poco á poco, y hay familias que tienen un considerable número. Seguramente cada una de ellas tiene su pequeño abanico, porque en el Japón, lo mismo que en la China, el uso de este objeto se ha generalizado mucho.

El 5 de mayo hay otra fiesta especial para los chicos, y es la que llaman *Fiesta de las Banderas*. Los juguetes consisten en efigies de grandes capitanes y héroes, y toda clase de objetos para la guerra, sobre todo estandartes y pabellones, hechos expresamente para el uso de los niños.

Los chicos del Japón son muy aficionados á la música y al teatro. También les agradan los ejercicios propios para desarrollar sus fuerzas: luchan entre sí como pequeños gladiadores, juegan á la pelota, y complácense en hacer volar cometas, algunas de las cuales son muy bonitas, representando una variedad de objetos. También parecen tener mucha afición á andar con zancos. A las niñas les agrada en extremo jugar al volante, que tiene á veces la forma de un ave, consistiendo la raqueta en un simple pedazo de madera muy plana.

En las noches de invierno, niños y niñas entretiéndose alrededor de una mesa con distintos juegos.

Los juguetes del Japón son demasiado numerosos para describirlos; mas ahora se envían tantos á las demás naciones, que comienzan á ser muy familiares. El grabado que encabeza este artículo representa una tienda de juguetes, donde varios niños se entretienen agradablemente viendo todo lo que allí hay.

Los japoneses son acróbatas muy diestros. Hacen toda clase de objetos simplemente con papel, sobre todo abanicos y mariposas, que imitan con rara habilidad. Sirviéndose de uno de aquéllos, hacen volar la mariposa de papel lo mismo que si fuese una viva. Otro de sus entretenimientos consiste en po-



Lucha



nerse cabezas y cuerpos postizos, haciendo después las más extrañas contorsiones, de tal modo que parecen seres hediondos y fantásticos.

Se me olvidaba hablar de una cosa sobre los puestos de juguetes y golosinas que hay en las calles. Varios hombres venden todos los materiales necesarios para hacer tortas, y permiten á los pequeños compradores confeccionarlas ellos mismos y cocerlas en el horno.

Vemos, pues, que así en las casas como fuera de ellas se hace lo posible para que los niños vivan contentos y felices; y á fe que lo merecen, porque son muy cariñosos y obedientes para con sus padres, á quienes respetan mucho, así como también á sus antecesores, á quienes llegan á conocer al fin de nombre y por sus hechos, gracias al cuidado que se tiene de enseñar á los niños la historia de su país cuando han aprendido á leer.



## LORENZO EL PEREZOSO

(Continuación)

Todo el día siguiente pasó aún reflexionando por qué medios conseguiría salir airoso de su empeño. Al cabo de seis horas de un trabajo asiduo venció todas las dificultades y terminó la estera con gran satisfacción de su ánimo. Por la noche colocó su querida estera á los pies de la cama, á fin de poder contemplarla al día siguiente al despertarse.

Llegado el día, partió para su trabajo, llevándole la estera á su ama, que pareció quedar muy sorprendida y preguntó quién la había hecho y cuánto valía.

—¿Venderla? ¡Oh, no señora!—dijo Juan.—Harto dichoso soy con ofrecérsela: no la he hecho para venderla. He trabajado en ella durante mis ratos de descanso, y estoy encantado de que os guste: hé ahí todo, señora.

—Pues no es todo,—dijo la señora;—no quiero que escardes más mi jar-



dín. Puedes emplear más provechosamente tu tiempo, y quedarás recompensado de tu habilidad é inteligencia. Haz tantas esteras como puedas, y yo te las colocaré.

—Gracias, señora,—respondió Juan con una profunda reverencia porque vió en las miradas de la señora que ésta le dispensaba un favor.

Sin embargo, preguntábase á sí mismo:

—«¡Yo las colocaré!» ¿Qué quiere decir con eso?

Al día siguiente se puso de nuevo al trabajo y quedó sorprendido de su destreza: llegó á hacer dos esteras en igual tiempo que le era menester al principio para tejer una. Hizo diez y ocho en quince días y las llevó á casa de su protectora. Las apiló en la sala, y apenas hubo concluido cuando se abrió la puerta y la señora entró seguida de numerosa compañía.

—¡Ah! Ahí está el chico con sus esteras,—dijo acercándose á la mesa sobre que las había apilado Juan.

Luego, dirigiéndose á éste, que se había retirado detrás mientras examinaban su obra,

—Acércate, pues, muchacho: pareces todo sorprendido.

—Señora, es que no veo ya mis esteras.

—Bueno: coge el sombrero, vete á casa y todavía te sorprenderás más.

Juan obedeció tristemente, pero pronto cambió de fisonomía. Su sombrero estaba lleno de monedas. Cada estera le había sido pagada á dos chelines, por manera que las diez y ocho esteras le produjeron treinta y seis chelines.

—¡Teinta y seis chelines!—dijo la señora.—Has ganado ya, trabajando en mi jardín, cinco chelines y seis sueldos: sólo te faltan, pues, seis sueldos para hacer dos guineas.

—¡Dos guineas!—exclamó palmoteando.—¡Oh *Pie Liger*! ¡Oh madre!

En seguida, volviendo en sí de su trasporte,

—¿Queréis, señora, darles en mi nombre las gracias á todos vuestros amigos?—dijo.—Porque yo no sabría hacerlo como es menester.

—Está muy bien, muchacho. No queremos detenerte por más tiempo. Sólo deseamos saber cómo vas á presentarle ese pequeño tesoro á tu madre.

—¡Oh! En cuanto á eso, venís en seguida conmigo,—respondió Juan.

—No puede ser ahora,—repuso la señora;—pero mañana por la tarde iré á Ashton y pienso que tu madre podrá encontrarme fresas.

—Ciertamente que podrá, señora; porque yo soy quien cuida de la huerta.

Juan volvió á casa de su madre, y, temiendo no poder guardar su secreto



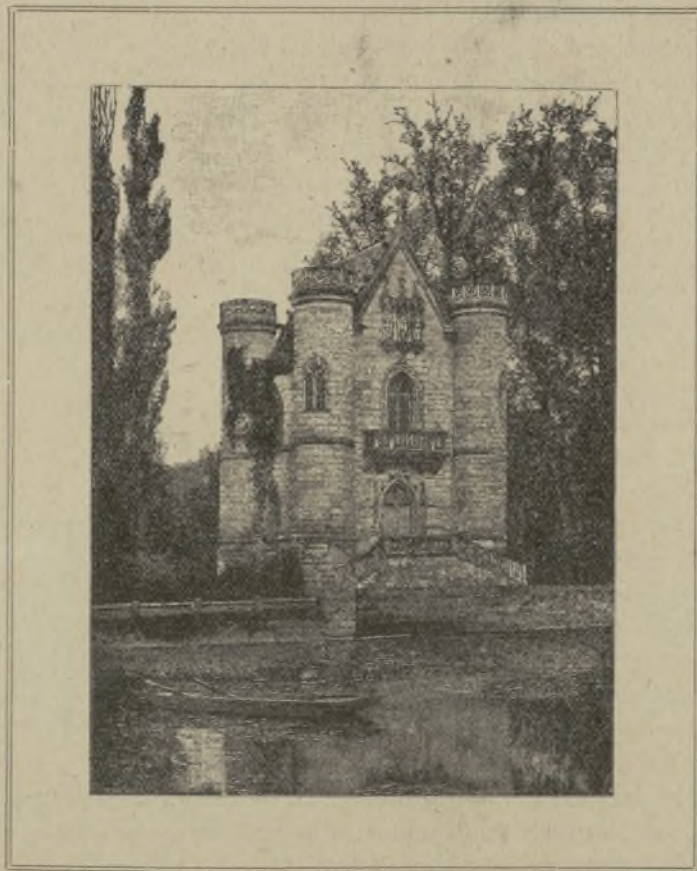
Jugadores de pelota de pie



hasta el día siguiente, fuese al establo y, acercándose á *Pie Ligero*, le hizo mil caricias y dijo:

—No te venderán ya mañana.

Mientras así se entregaba á la alegría, oyó que hacían ruido en la puerta



Una morada señorial á orillas  
de poético lago.

Creed, amigos, que de buena gana  
sería el propietario.

y parecían querer entrar. Abrió al punto, y vió á Lorenzo acompañado de un mozo de cuadra con chaqueta encarnada, que llevaba un gallo bajo el brazo. Los dos visitantes entraron en el establo y se detuvieron al ver á Juan cerca de su caballo.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 38, principal. MADRID.—Ramón Molinar: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA